



Laicos, testigos de la misericordia

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar 2016

Vigilia de Pentecostés



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-11996-2016

Primera parte

Por el Espíritu proclamamos la misericordia de Dios en nosotros

Lector 1

Comenzamos esta vigilia de oración junto a María, quien, como nos dice el papa Francisco en su *Mensaje* para la Cuaresma 2016, “después de haber acogido la Buena Noticia que le dirige el arcángel Gabriel, canta proféticamente en el *magnificat* la misericordia con la que Dios la ha elegido. La Virgen de Nazaret, prometida con José, se convierte así en el icono perfecto de la Iglesia que evangeliza, porque fue y sigue siendo evangelizada por obra del Espíritu Santo, que hizo fecundo su vientre virginal”.

Cantamos juntos¹ (también podríamos sustituir este canto por la oración de *magnificat*).

Proclama mi alma la grandeza de Dios,
se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador.
Porque ha mirado la humildad de su sierva.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones.

Porque el poderoso ha obrado y hace
maravillas en nosotros; grande es su
Amor, para todos, grande es su amor
Y por siempre, grande es su amor.

¹ Autor: Kairoi. <https://www.youtube.com/watch?v=VN7UUvUHVJQ>

Hace proezas con su brazo, corrige a los soberbios y con todo el corazón, ensalza a los humildes, llena de bienes a los pobres. Su promesa por siempre durará, como dijo a nuestros padres.

(Desde este momento, bien durante el canto del magnificat o tras este, con una música apropiada entraremos, desde el fondo de la iglesia u oratorio, un icono, póster o imagen de la Virgen María, colocándola en un lugar destacado que habremos preparado previamente). Unido a este momento un lector proclamará el siguiente texto.

Lector 2

Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos. (Hch 1, 13-14)

Tiempo para la reflexión personal

VER: Fueron muchos los sentimientos y distintas las reacciones que los discípulos tuvieron tras la muerte y Resurrección de Jesús. Pero este texto nos muestra algo fundamental: permanecieron unidos en la oración junto a María. Ante las dificultades de la vida, ante aquellas cosas que nos cuestan entender, ¿cómo reaccionas? ¿Juega algún papel tu vida de oración? Piensa algún hecho en tu vida en el que hayas sido consciente de la gran misericordia de Dios para contigo.

Canto: Ven en mi auxilio

Sal hacia mí, Espíritu Santo,
y tráeme el amor, amor desbordado.
Y ven en mi auxilio, mi Dios.
Llena mi vida de amor
(llénalo todo de amor)

(Autor: Fray Nacho. Disco: En el silencio - 2009)

Segunda parte En el Espíritu vivimos la misericordia

Lector 1

Jesús de Nazaret, escribe el papa Francisco en *Misericordiae Vultus*, es el «rostro» de la misericordia del Padre: él revela la misericordia de Dios por sus palabras, gestos y persona. Nosotros seguimos el ejemplo de Jesús cuando nos abrimos a la misericordia del Padre mirando “con ojos sinceros” a nuestros hermanos y hermanas, incluyendo a aquellos “privados de la dignidad”. El Espíritu Santo, que conduce los pasos de los creyentes para que cooperen en la obra de salvación realizada por Cristo, es guía y apoyo del Pueblo de Dios para ayudarlo a contemplar el rostro de la misericordia.

Lector 2

Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro, el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo

Espíritu, recibe el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, don de curar. A este se le ha concedido hacer milagros; a aquel, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.

Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. (1 Cor 12, 4-13)

Canto: Ven, Espíritu de Dios

Ven, Espíritu de Dios.
Que tu música resuene inundando de paz.
Que el Misterio de tu Amor fortalezca mi fe.
Que tu luz brille irradiando en la oscuridad.

(Autor: Ain Karem. Disco: Descálzate)

(En este momento, igual que hicimos con la imagen de la Virgen, introducimos el cirio pascual desde el final de la iglesia y lo colocamos junto a la imagen de la Virgen María).

Tiempo para la reflexión personal

JUZGAR: En la medida que nos dejamos hacer por el Espíritu Santo aprendemos a vivir la misericordia divina. ¿En qué veo que el Espíritu fortalece mi fe?

¿Estoy abierto a su acción en mi vida? ¿Rezo para que me dé luz y me haga más sensible a las cosas de Dios?

¿Qué dones concretos veo que el Espíritu Santo pone en mí? ¿Los pongo al servicio de los demás, de la Iglesia, del mundo?

Tercera parte

El Espíritu nos impulsa a ser testigos de la misericordia

Lector 1

El Espíritu Santo nos introduce en el misterio de Dios, nos hace salir de nosotros mismos, y del peligro de vivir en una Iglesia cerrada en su propio recinto; nos impulsa a abrir puertas y ventanas para salir, para anunciar y dar testimonio del Evangelio. Así nos lo recuerda el papa Francisco: «El Espíritu Santo es el alma de la misión; da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio, nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo».

Lector 2

«Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (*Hch 2, 1-4*)

Canto: Sois la sal

Sois la sal,
que puede dar sabor a la vida.
Sois la luz,
que tiene que alumbrar,
llevar a Dios.

(Autor: Luis Guitarra)

Tiempo para la reflexión personal

ACTUAR: El Espíritu Santo transforma nuestro corazón, nos hace gustar las primicias del Reino y siembra en nosotros la urgencia de mostrarlo a los demás. Él nos convierte en sal y luz para nuestro mundo, poniendo especial atención en los hermanos más necesitados. Ante esto ¿cómo vivimos su presencia en nosotros? ¿vivimos una fe autorreferencial, vivida para nosotros mismos? O, por el contrario, ¿dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca a la misión?

¿A qué me puedo comprometer para anunciar a Jesús a los demás?

(En este momento, cada uno se fijará un compromiso para poder, con la fuerza del Espíritu Santo, ser «sal y luz» en el mundo. Intentemos que no sean generalidades, sino cosas concretas, donde podamos testimoniar que somos apóstoles de Cristo. El compromiso no será para compartirlo, sino para pedirle al Espíritu su fuerza para llevarlo a cabo. Para significar esta petición, una vez que hayamos pensado el compromiso y rezado al Espíritu para llevarlo a cabo, nos levantaremos, encenderemos una vela y la colocaremos alrededor del cirio pascual. Mientras cantaremos).

Canto: El Espíritu del Señor

El Señor nos dará su Espíritu Santo;
ya no temáis, abrid el corazón,
derramará todo su amor (BIS)

1. Él transformará hoy vuestra vida,
os dará la fuerza para amar.
No perdáis vuestra esperanza,
Él os hablará.

Él transformará todas las penas,
como a hijos os acogerá.
No perdáis vuestra esperanza,
Él os hablará.

Invocaciones al Espíritu Santo

Lector 1: Espíritu Santo, dulce huésped del alma, muéstranos el sentido profundo del Jubileo de la Misericordia y haz que podamos celebrarlo con fe, en la esperanza que no defrauda, en la caridad que no espera recompensa.

Lector 2: Espíritu de verdad, que conoces las profundidades de Dios, memoria y profecía de la Iglesia, dirige la humanidad para que reconozca en Jesús de Nazaret el Señor de la gloria, el Salvador del mundo, la culminación de la historia.

Todos: Ven, Espíritu de amor y de paz

Lector 1: Espíritu creador, misterioso artífice del Reino, guía la Iglesia con la fuerza de tus santos dones para testimoniar con alegría a las nuevas generaciones la luz de la Palabra que nos salva.

Lector 2: Espíritu de santidad, aliento divino que mueve el universo, ven y renueva la faz de la tierra. Suscita en los cristianos el deseo de la plena unidad, para ser verdaderamente en el mundo signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano.

Todos: Ven, Espíritu de amor y de paz

Lector 1: Espíritu de comunión, alma y sostén de la Iglesia, haz que la riqueza de los carismas y ministerios contribuya a la unidad del Cuerpo de Cristo, y que los laicos, los consagrados y los ministros ordenados colaboren juntos en la edificación del único Reino de Dios.

Lector 2: Espíritu de consuelo, fuente inagotable de gozo y de paz, suscita la solidaridad para con los necesitados, da a los enfermos el aliento necesario, infunde confianza y esperanza en los que sufren, acrecienta en todos el compromiso por un mundo mejor.

Todos: Ven, Espíritu de amor y de paz

Padrenuestro

Envío y bendición

Los discípulos necesitaron que el Espíritu les inundara con sus dones para ser capaces de testimoniar al Señor resucitado sin miedo y con alegría; que al igual que ellos también nosotros vivamos cada día siendo testigos de la Misericordia del Padre.

Y que la bendición de Dios nos acompañe siempre. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

